



MENSAJE DE CARLOS PAYÁN VELVER EN LA CEREMONIA SOLEMNE EN QUE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA LE ENTREGA EL TÍTULO DE DOCTOR HONORIS CAUSA.

Paraninfo Enrique Díaz de León
Guadalajara, Jalisco a 4 de diciembre de 2013

Mtro. Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla; Rector General de la Universidad de Guadalajara;

Dr. Miguel Ángel Navarro Navarro; Vicerrector Ejecutivo de la Universidad de Guadalajara;

Lic. José Alfredo Peña Ramos, Secretario General de la Universidad de Guadalajara;

Dr. Héctor Solís Gadea, Rector del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades;

Mtra. María Felicitas Parga Jiménez, Rectora del Centro Universitario de la Ciénega;

Dr. Ricardo Xicoténcatl García Cazor, Rector del Centro Universitario del Sur;

Amigos, compañeros de trabajo, familiares;

Laura, mis hijos, mis nietos, mis amigos que están aquí, los que pudieron llegar y no llegaron;



Para todos ellos mi agradecimiento;

“Qué privilegio tan suave, excepción tan principal...”, exclama **Segismundo** en *La Vida es Sueño* de **Calderón de la Barca**. Parafraseo esas palabras y, sacándolas de contexto, las hago más para expresar mi sorpresa por tan benévola circunstancia que me hace exclamar mi gozo por ese privilegio tan suave y esa excepción tan principal que hoy me conducen a recibir el Doctorado Honoris Causa que me otorga la Universidad de Guadalajara.

El hecho de que también reciban el Honoris Causa otras dignidades y, entre ellas, dos queridos y admirados amigos, portentosos, magníficos escritores con quienes conservo una añeja relación: **Eduardo Galeano** y **Fernando del Paso**, no hace más que aumentar mi disfrute.

También veo que **González Gortázar** también fue dignificado con el Honoris Causa, él es fundador de la Jornada.

Bueno, cada quien en su sombra.

Pasé la niñez, los primeros años, en Academia 6, en el centro de la Ciudad de México, en una vecindad en la que abundaba una pobreza que yo no recuerdo, pero que me llegó a contar mi madre. Ahora entiendo lo que hacían lo mayores: los primeros en comer éramos los niños.

Ahí fui feliz, a pesar de que un gañán me robó los zapatos que me habían traído los Reyes Magos, en lugar de juguetes. Lloré sí, un poco, y luego, contarle muchas veces, como ahora.



El momento me enseñó la gravedad de cómo alguien, tal vez más jodido que yo, podía atreverse en el barrio a asaltar a un niño de seis años.

¿Qué habrá sido de la vida de ese valedor?

A veces he vuelto a soñar con él: nos encontrábamos, ya adultos, nos reconocíamos y nos hacíamos amigos. Otras veces, llegué a soñar que él pudo llegar a ser jefe de la policía o hasta presidente de la República.

Bueno, creo que la experiencia me valió para repudiar en la vida todo acto de injusticia.

De la calle de La Academia pasé a vivir unos años en la colonia Estrella, por la Villa de Guadalupe; de ahí regresé a la calle de San Ildefonso en donde cursé la preparatoria y la facultad de Jurisprudencia en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ese barrio fue, ha sido y es el que despertó mi amor por la Ciudad.

La Secretaría de Economía, que entonces estaba en la calle de Argentina, me dio mi primer trabajo en la Dirección General Jurídica, lugar donde en realidad, hice mi aprendizaje de la abogacía, desde la pasantía a Jefe de Abogados. Lo poco que sé de la profesión lo aprendí ahí. El licenciado **Roberto Palencia**, que fue Director de esa dependencia, me enseñó a trabajar y fue como un padre para mí.

En esa época **Juan José Arreola** fue designado por la UNAM Director de La Casa del Lago de Chapultepec. Inventó los recitales de Poesía en Voz Alta que se hacían los domingos por la mañana. Arreola me invitó a participar y



juntos iniciamos los primeros. A esa casa llegaba de tiempo en tiempo el joven **Fernando del Paso** a visitar a su paisano; ahí nos conocimos.

Por esas fechas, en 1958, ingresé al Partido Comunista, cuando la huelga ferrocarrilera. Y sí, yo no vengo del periodismo, vengo del Partido Comunista que le dio sentido a mi vida y una ética para enfrentar al futuro y es que como se decía a mediados del siglo XX: quien no era comunista, es que no tenía corazón.

Todo eso, ya se sabe, a nadie le importa ya. Estábamos equivocados aunque teníamos la razón.

Continué mi trabajo en la función pública: la subdirección de Fomento Cooperativo y una beca de la OEA de seis meses en Israel para estudiar los *kibutzin* y los *mosavin*; luego, la asesoría al Director del FOVI en el Banco de México y, más tarde, la Jefatura de Crédito del Infonavit.

Poco después, el golpe a *Excélsior*. Se forman dos bandos: uno con **Julio Scherer** a la cabeza y, otro, que comandó **Manuel Becerra Acosta**.

Juan Garzón, que había sido de las Juventudes Comunistas y era amigo de **Becerra Acosta**, me invitó con el grupo de éste para asistir a una asamblea y asesorarlos porque querían formar una cooperativa.

En la asamblea encontré muchos amigos y conocidos; a la hora de nombrar directivos alguien me propuso para Presidente de la organización y fui electo por unanimidad para tal puesto. Sorprendido, les dije que me parecía una locura, que yo venía de fuera y que por tanto aceptaba el



nombramiento. Entonces la asamblea nombró Presidente al escritor **Jorge Hernández Campos** y a mí, insistieron, por aclamación, Secretario General de la Cooperativa.

Y ahí empezó todo.

Lo más importante que hasta entonces me había pasado fue el ingreso al Partido Comunista y entonces, por supuesto que no lo sabía, iba a ingresar al periodismo que llegaría a ser el otro acontecimiento, el más importante de mi vida, que me produjo una felicidad perdurable hasta la fecha.

Como no teníamos un peso, la asamblea nos autorizó para conseguir un socio industrial al que le pagaríamos con acciones hasta el 49%.

Y a volar palomas.

Durante un año **Becerra** y yo nos reunimos todos los días, nos hicimos amigos, nos hermanamos y ahí empezó mi aprendizaje.

Pasamos un año sin obtener ingresos. Yo empecé a vender las pinturas y dibujos que había adquirido a muy bajo precio en las subastas del Partido Comunista y que, por fortuna, ya habían subido un poco de precio. En esos tiempos Azufre Panamericana me pagó un diseño que le había hecho y ese mismo día, el de la paga, lo festejamos **Becerra Acosta** y yo que me compré un cinturón y unos pantalones; **Becerra Acosta** unos vinos; y el dinero se nos fue esa misma tarde.



Luego de pasar un año cansino y fatigoso nos encontramos negociando con algunos industriales: **Fernandón** de Editorial Juventud, **Larios** que tenía unas ocho rotativas y Complejo Editorial Mexicano, empresa ésta última en la que yo había trabajado por encargo al cuidado de ediciones. Todas tres, en un mismo día, nos dijeron que no, que nosotros no éramos confiables sino rijosos, inestables, etcétera.

La esperanza de tener un socio industrial se desvaneció.

Al medio día, luego de haber recibido semejantes noticias, al llegar a las oficinas de Prado Norte que nos había prestado **Manuel Moreno Sánchez**, nos despedimos **Becerra** y yo, sobre la banqueta de la calle.

Nos vemos mañana le dije. Para qué, me contestó. Pues para seguir, aduje. No, dijo **Becerra Acosta**, esto ya se hundió, y yo: acuérdate de que alguien mencionó que están armando una rotativa. Ya no, todo se acabó, dijo **Becerra Acosta** al tiempo que daba media vuelta y se alejaba caminando, profundamente apesadumbrado, derrotado.

Un año cargado de esperanzas y de sueños se había ido en unos momentos. En la calle de Prado Norte estuve no sé cuánto tiempo sin poder moverme, sin saber a dónde ir, el manto de la derrota me empezaba a cubrir. Luego, ya camino a casa, me dije: Yo sé que hay una rotativa en algún lado, en Mixcoac, me parece que dijeron.



Después de una noche sin poder dormir, la mañana siguiente me levanté temprano, me bañé, bebí un café y un pan con un poco de mantequilla, me subí a mi coche y me dirigí rumbo a Mixcoac.

La suerte o como quiera que eso se llame no me abandonó. Luego de andar preguntando aquí y allá por una imprenta, por una rotativa, tras veinte o treinta minutos de ronda, al entrar a una pequeña tienda y preguntar la dependienta me dijo:

- Al frente, en ese edificio nuevo parece que hay una imprenta.

En efecto, ahí estaban instalando una rotativa. Pregunté por los técnicos y me dijeron que eran unos gringos que habían regresado a su país y que el dueño tenía su imprenta en la Avenida Revolución, a donde me dirigí de inmediato. El primer piso estaba abarrotado de máquinas de impresión. Al fondo, en un escritorio lleno de papeles estaba **Don José Solís**, dueño de la imprenta.

Le dije que un grupo de periodistas queríamos hacer un periódico y comprar una rotativa y queríamos saber qué virtudes le había encontrado a la máquina sueca que estaba instalando. Luego de unas pocas explicaciones técnicas él me preguntó cómo estaban los tratos con **Fernandón, Larios** y Complejo Editorial Mexicano. El personaje estaba enterado de todo. Nosotros hemos pensado, le dije, que era preferible que compráramos una rotativa. De pronto, de buenas a primeras me soltó: ¿Por qué no les hago yo el periódico y además les alquilo el edificio donde estoy instalado la maquinaria?



Casi me caigo de la silla. Le dije que sí, que él podría ser nuestro socio industrial y que le pagaríamos con acciones hasta llegar al 40%. Lo invité entonces a tomar un café en mi casa ese mismo día en la tarde.

Entusiasmado le avisé a **Becerra Acosta** que ya teníamos rotativa y edificio, que ya estaba todo solucionado. **Becerra Acosta** me dijo eso no era cierto, me colgó y por supuesto no fue a la cita con el impresor. Yo me enojé pero luego entendí que él no creyera, pues después de un año de búsqueda y de intentos fracasados, cómo podía ser posible que al otro día yo le dijera que todo estaba solucionado.

Como no tenía en casa nada que ofrecerle al señor **Solís**, me fui a San Ángel donde **Esther Echeverría** tenía una galería de pinturas y, al lado, **Emily Gamboa** una pastelería. Las dos eran amigas de largo tiempo y les pedí que me fiaran unos pastelitos y me prestaran dinero para comprar una botella de whisky, lo que hicieron de inmediato.

Convencí al señor **Soria**, que iba a ser nuestro gerente, que me acompañara y, a regañadientes, llegó a la cita.

Después de unos momentos de plática **Soria** y yo nos dimos cuenta que el asunto ya estaba prácticamente cocinado y acordamos con el impresor los términos de un posible contrato.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, ya estaba el señor **Solís** en su despacho y en su máquina de escribir redacté el convenio que dio origen al *unomásuno*.



Después de varios números *cero* se decidió lanzar la primera edición al público. **Becerra Acosta** se fue a comer con alguien y no llegó al periódico sino hasta la hora en que ya estábamos pegando la tipografía en las galeras. El jefe de mesa de redacción no llegó pues se había emborrachado y el jefe de información hizo lo mismo, así que con un reportero conocido mío de tiempo atrás, **Manuel Arvizu**, logré armar las páginas.

Luego **Becerra Acosta** me llevó de la mano enseñándome la profesión, fue hermano y maestro y poco a poco me iba dejando en la conducción del diario. Cuando él llegaba yo me hacía a un lado.

Dolores Cordero, que había militado en el Partido Comunista Mexicano, a veces llegaba y me decía: **Payán**, ya tiraron a la basura tal o cual información sobre la izquierda o sobre algunos escritores que **Becerra Acosta** acreditaba como enviados especiales y a los que la vieja guardia de periodistas detestaban. Yo hacía entonces que se recuperaran esos materiales y se publicaran.

Un día me invitó a tomar un café **Arnoldo Martínez Verdugo**. Ahí me presentó a **Rolando Cordera**, a **José Woldenberg**, a **Trejo Delarbre**, jóvenes talentosos, con un sólido pensamiento crítico, quienes pronto se incorporaron como columnistas.

Algunos reporteros llegaron a advertirme que estaba “izquierdizando” el periódico.



Carmen Lira, una incomparable reportera, trabajaba conmigo en las relaciones con el sindicato aún después del cierre de la edición. Las jornadas podían ser hasta de dieciséis horas. Hemos permanecido unidos hasta la fecha.

Esto es sólo una parte de la gran aventura que fue el *unomásuno*, del que habría de salir *La Jornada*, lugar aquél en que por primera vez me sumergí en las tareas del periodismo.

En el *unomásuno* empezamos a poner en práctica un periodismo que no estaba precisamente contra del Gobierno, sí estaba frente a él.

Avanzamos también en contar lo que pasaba en el país y a dar voz a aquéllos para quienes las puertas de los demás centros de información estaban siempre cerradas.

Durante el tiempo que ocupé la Dirección de *La Jornada* traté de abrir el abanico de colaboradores y así llegaron a nuestras páginas los textos de **Carlos Castillo Pedraza**, y de **Felipe Calderón**, ambos, en los momentos de su participación en su calidad de Presidentes del Partido Acción Nacional.

No hay que olvidar que un periódico es producto de un quehacer colectivo. En todo el camino la estrecha colaboración de **Carmen Lira** ha sido invaluable. Luego de mi renuncia a continuar, ella fue naturalmente designada al frente del mismo, con el entusiasmo de la comunidad y el mío propio.

Hasta aquí deseo llegar y apuntar algunas reflexiones:



Tuve oportunidad de participar en la creación de dos periódicos que, de alguna manera, con la voluntad de contar lo que pasaba en el país y en el mundo, practicamos un periodismo que daba un salto cualitativo sobre el que se hacía en otros medios. Sin esta pasión por la libertad de expresión y la lucha a favor de la democracia que iniciamos a la par, de otra manera, **Julio Scherer**, este país sería sin duda otro. Otras voces, antes inaudibles, se dejaron oír y permanecen en esa línea aún desde otros medios.

Debo aclarar que no hicimos un periódico comunista y que por el sólo hecho de contar lo que pasaba en el país lo llamaron comunista o izquierdista, cualesquiera cosa que esas menciones quieran decir.

Aprendí en el ejercicio de la profesión algo que me resultó muy importante, por ejemplo:

- No pervertir la profesión usándola para mentir, calumniar.
- No ocultar lo que pasa con fines aviesos.
- Estar del lado de las víctimas, de los ofendidos, de los pobres de la tierra
- Y que ahí donde hay violencia, despojos y atropellos debe estar el periodista, a sabiendas de que con su acción hará ceder la represión y la violencia.
- No cejar en todo aquello que sea luchar por la libertad de expresión y por la democracia.
- No prevaricar con la profesión.



Y ¡cuidado! darse cuenta de que “la verdad” siempre es sospechosa y que quizá debiéramos hablar mejor de “objetividad,” aún a sabiendas de que también estos términos son pretenciosos y que a lo que debemos aspirar y saber es que todo texto, toda fotografía está escrito el uno, o tomada la otra, desde un punto subjetivo.

Mi privilegio fue haber contribuido con otros muchos a realizar esa tarea.

También tuve oportunidad, luego de dejar *La Jornada*, de haber fundado con mi amigo **Epigmenio Ibarra** la empresa *Argos*, que produce películas telenovelas y uno que otro documental memorable como fue el “Viaje al Centro de la Selva” sobre el levantamiento zapatista en Chiapas y, con la voluntad implacable de **Epigmenio** inventarnos recientemente un portal noticioso que se llama *Revolución 3.0*, que comanda el propio **Epigmenio Ibarra**.

Quiero dirigirme por último a los jóvenes, a las nuevas generaciones que han encontrado en el internet el gran salto tecnológico que propicia un espacio de comunicación e información más amplio, público y libre de lo que hubiéramos podido llegar a imaginar. Ellos se habrán de enfrentar al viejo enemigo: la censura y la utilización perversa de ese medio para el espionaje, el control, el sometimiento y su privatización. La pelea que mi generación debió dar con respecto a la prensa tendrán que darla los jóvenes de hoy.

Ahora son las nuevas generaciones las que tienen en sus manos la defensa de ese bien inalienable de la humanidad que es la libertad de expresión.



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
RECTORÍA GENERAL

Yo sé que ya voy camino del silencio, ya tengo 85 años.

He saboreado gozosa y gustosamente la vida en el trabajo, en la persecución de los ideales, en la amistad, en el amor y sé aquí, ahora, que de alguna manera siempre he recibido ese privilegio tan suave, esa excepción tan principal que de tarde en tarde la vida le regala a uno.

Doy mi agradecimiento a la Universidad de Guadalajara, a su Rector, el doctor **Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla**, a mis hijos **Emilio** e **Inna**, a mis nietos **Nicolás** y **Emiliano**, y a mis nietas **Natalia**, **Cristina**, **Tamara** y **Matías**, así como a **Laura** mi compañera, a mis amigos aquí presentes, a los que no pudieron venir... y otra vez gracias a la Universidad de Guadalajara porque hace treinta años nos recibió amable y afectuosamente, cuando vinimos **Carmen Lira** y yo, a anunciarles que pronto íbamos a publicar un periódico que se llamaría *La Jornada*.

Salud.